

ALFAGUARA



Javier Marías

Harán de mí un criminal





Javier Marías

Harán de mí un criminal

www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Nota previa](#)

[Al rico desastre](#)

[Amar al malo](#)

[Sisadores y sádicos](#)

[Ni mérito ni misterio](#)

[McDocencia](#)

[Savater o ¿cómo que todo?](#)

[Flechas y garfios](#)

[Captain Sadwing](#)

[La risa mayor](#)

[Inmortalidad o pillaje](#)

[Fastidiosos y muy embarazados](#)

[Tremendamente ofendida](#)

[Una herencia muy antigua](#)

[Abalorio](#)

[La estación infrahumana](#)

[Paridas o paridos](#)

[El ansioso y el ambicioso](#)

[Frías, acomodadas, cobardes](#)

[Cuando no es triste la muerte](#)

[Eso no me lo nieguen](#)

[Hijos de jetas](#)

[Los que sólo desaparecen](#)

[Estamos rodeados, Pérez-Rafferty](#)

[Vinieron los grandes vientos](#)

[Lo que se pone rancio](#)

[El patriotismo y la rabia](#)

[Novela y espías en Soria](#)

[Tiburones sin dientes](#)

Su caucásico servidor
En el infierno te verás
La felicidad de fastidiar
Majaras y majaderos con monederos
Ustedes
Misterios de la imbecilidad
Diálogos para perder el juicio
Un sentimiento olvidado
A la vejez el vaina
Que salgan ya Tintín y Bond
Honrados deudores y míseros robaperas
Quién es el idiota
¿Es usted el Santo Fantasma?
Ni más ni menos que animales
Entre el dolor y la nada
Acusica Barrabás
Por la felicidad de los lectores
La traición a Henry Adams
El concepto más funesto
Harán de mí un criminal
El mejor de los amigos
El mal del bien parecido
Del aire y de tinta y papel
Lo despreciable que mancha
Parásitos de tu propia sangre
Incontinentes de solemnidad
Bausanes
Una incansable enfermedad
Rajo, luego existo
Manda bolas el mando
Ni como bultos ni como idiotas
El amargo valor de algunos muertos
De nociones erróneas y groseras costumbres
Píseme el cogote, jefe
Las tolerancias necias
Las jetas nuestras de cada día

[Lo peor todavía](#)

[My Fair Arzallus](#)

[Con los quevedos puestos](#)

[Pues ya no me caso](#)

[Un maravilloso manual de fingimiento](#)

[Los nuevos Picapiedra](#)

[Querido Corso de Flandes](#)

[Presueño de una noche de verano](#)

[Hacia la ley del más grosero](#)

[Qué diablos se hace con nuestro dinero](#)

[Todos somos mamarrachos](#)

[La carta del hombre delgado](#)

[Imprenta o fuego](#)

[Cuando una sociedad está putrefacta](#)

[Genios a merced de mindundis](#)

[Paisaje con puta y mastuerzo](#)

[Desodorante Al Qaeda](#)

[En Marbella ni huella](#)

[Negocio de lo normal como anomalía](#)

[Sean ustedes peleles](#)

[El estrabismo de los semidioses](#)

[O Hércules o Fernando VII](#)

[La ausencia de sesos](#)

[El insulto definitivo español](#)

[Las civilizadoras](#)

[Y las incivilizadas](#)

[Las estafas cotidianas](#)

[Así que confié en la Renfe](#)

[Ignorante e idiota y desequilibrado](#)

[Guía para descartar lecturas](#)

[Enfermos de inmoralidad](#)

[La casa en semiorden](#)

[Una explicación y un adiós](#)

[Postdata](#)

[Un inédito censurado: Creed en nosotros a cambio](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)

Nota previa

El presente volumen reúne los artículos publicados en el suplemento dominical *El Semanal* entre el 18 de febrero de 2001 y el 15 de diciembre de 2002. Se corresponden con noventa y seis domingos, o casi dos años de tarea.

Si son casi dos y no dos completos, es por lo que comentaré un poco más tarde. Mis primeros seis años de colaboración con ese suplemento fueron apareciendo, recopilados en forma de libro, en tres volúmenes anteriores, titulados respectivamente *Mano de sombra* (1997), *Seré amado cuando falte* (1999) y *A veces un caballero* (2001), publicados todos ellos por Alfaguara.

Se hace sin duda necesaria una breve explicación para los posibles lectores de *Harán de mí un criminal*. Durante los casi ocho años en que irrumpí en los desayunos dominicales de los lectores de *El Semanal*, mi vecino de página (él ocupaba la anterior) fue Arturo Pérez-Reverte, quien ya estaba allí cuando yo aterricé y ahí continúa tras mi despegue. A lo largo de todo este tiempo, él y yo desarrollamos una curiosa amistad —cómo llamarla: supongo que periódica o quizá columnística; o tal vez alusiva—, y con frecuencia nos gastábamos bromas de una página a otra, cada vez con mayor confianza, como es natural. Debe tenerse esto en cuenta para la mejor comprensión de algunos de los artículos aquí incluidos (por ejemplo, el titulado «Flechas y garfios», relativo a la «invasión internética» que los asiduos de una web a él dedicada llevaron a cabo «contra» los de una dedicada a mí, y cuyo relato o versión parcial había ofrecido previamente Pérez-Reverte en una de sus columnas, o «Captain Sadwing», en el que yo respondía a sus habituales pullas anglóforas —solía referirse a mí como al «perro inglés»—). Y asimismo conviene aclarar que algunos nombres que podrían resultar enigmáticos para los lectores de este libro no son sino los diferentes apodos con que yo

me dirigía a él o lo mencionaba. Así, los siguientes: Duke of Corso (su sección se llamaba *Patente de Corso*, la mía *Reino de Redonda*), Pérez-Rafferty, Pérez-Corso, Corso de Flandes, Captain Sadwing y alguno más que no recuerdo ahora.

Esa amistad dominical impresa tocó a su fin al cesar yo en mis colaboraciones el 22 de diciembre de 2002. Mi marcha se debió a la censura que uno de mis artículos padeció por parte de los responsables de *El Semanal*, y que nunca llegó, por tanto, a publicarse. En el penúltimo apartado de este volumen, «*Una explicación y un adiós*», doy cuenta de este episodio, y en el último, «*Un inédito censurado: Creed en nosotros a cambio*», reproduzco esa pieza tan ofensiva y transgresora que no le fue permitido ver la luz. Ambos textos —esos penúltimo y último— los «colgué» en la web antes mencionada —www.javiermarías.es, creada por Montserrat Vega, de Gijón— para no rodear de tanto misterio, en su momento, mi repentina y nunca anunciada desaparición de *El Semanal* tras esos casi ocho años de presencia continua en él.

Quizá no fue suficiente. Hay aún muchos lectores que me preguntan qué pasó, por qué no me despedí de ellos siquiera, al cabo de tanto tiempo o compañía. No me fue posible, como cuento en ese penúltimo texto. Y tampoco ayudó a difundir lo ocurrido el insólito hecho de que en este país en el que tantos escritores y columnistas ofician habitualmente de solidarios, de denunciadores de las injusticias y de defensores a ultranza de la libertad de expresión, ni uno solo de ellos protestara ni se hiciera eco en la prensa de lo sucedido con ese artículo mío y mi consiguiente renuncia. Más llamativo aún en la medida en que la censura aplicada por el antiguo Grupo Correo (hoy Vocento) fue de carácter eclesial. Desde luego, yo soy el menos indicado para explicármelo, pero tras ese silencio casi unánime de mis colegas, cada vez que a uno de los más «éticos», o sermoneadores, o justicieros, se le llena e inflama la boca de palabras nobles o de embellecedoras indignaciones ante el ejercicio de la censura, no puedo por menos de sonreírme

y de mascar para mis adentros: «Fariseo». O «Farisea», eso también.

Como título para este volumen he elegido el de un artículo concreto, «Harán de mí un criminal», a instancias de la encargada de la edición, Carme López. Creo que no puede ser más adecuado, por varias razones: la primera, porque algo criminal se siente uno siempre cuando es objeto de censura y a ningún compañero de profesión le parece mal; la segunda, porque cada vez es más difícil no incurrir en algún tipo de criminalidad en estas sociedades nuestras tan dadas a inventar nuevos delitos y en las que a diario se desarrolla y crece el espíritu policial, aunque use diferentes máscaras; la tercera, porque, según he comprobado al releer seguidos estos noventa y seis artículos (o bueno, noventa y siete contando el que se me tumbó), poco a gusto resulto estar con los tiempos presentes, sobre todo a partir del 11 de septiembre de 2001 (en esto no soy original), y nada de extraño tendría que ese desasosiego y ese desagrado me llevaran pronto a delinquir. Si bien tampoco descarto, y así lo señalo en más de una ocasión, que sea yo el idiota, y el falta de entendimiento, y el escaso de luces, y no las actuales época y sociedad, a las que a menudo acuso de todo eso en esta colección de artículos.

Sólo me queda disculparme por las seguras repeticiones que detectarán los lectores, sobre todo si ya conocen *Mano de sombra*, *Seré amado cuando falte* y *A veces un caballero*, de los que este *Harán de mí un criminal* es la natural prolongación. Cada uno tiene sus manías, eso es seguro, que se delatan en sus opiniones, sobre todo cuando uno opina tanto como todos los domingos a lo largo de casi ocho años. Algo excesivo, sin duda, que difícilmente me haré perdonar, y que probablemente me convierta asimismo en un auténtico criminal.

JAVIER MARIAS
Julio de 2003

Al rico desastre

Debo preguntarme una vez más si soy un exigente o un pesimista o qué me ocurre, porque a mí me parece que aquí nada funciona y todo marcha cada vez peor, y sin embargo no veo que dimita ningún responsable de nada ni que la gente se amotine, así le saquen hasta la última perra a cambio de incompetencia, así le hagan la vida imposible. Reconozco que llevo una pésima racha doméstica, y ya sé que uno no debe sacar conclusiones generales de su caso particular. Pero como veo la televisión y leo la prensa y hablo con mis amistades y hasta recibo cartas de desconocidos, y veo que la mala racha no me afecta a mí solo, no me queda sino admitir que España no va bien en modo alguno, sino que está hecha una calamidad y un adefesio, sobre todo por culpa de las varias gestiones gobernantes, con el Partido Popular a la cabeza: lo suyo ya clama al cielo tanto como acabó clamando lo de sus primos del PSOE. Abandonemos, así, toda esperanza.

Dejaré de lado las cuestiones más graves, de las que ya se ocupan a diario tantos otros articulistas. No voy a referirme, pues, a las «vacas locas» ni a los insensatos Ministros de Sanidad y Agricultura, como salidos del poco cómico dúo de Los Morancos y de *La matanza de Texas*, ella y él respectivamente. Tampoco al síndrome de los Balcanes ni al submarino eternizado, ni a Fungairiño y Fraga, ambos con la fortuita pero funesta *F* fatídica en nuestros feudos desde Fernando VII hasta Franco, una fatalidad esa *F*. Ni a los intentos de Aznar por convertir a los jueces en títeres a su servicio (quizá lo más grave de cuanto sucede), ni a su creciente alergia a las críticas, con el consiguiente desprecio hacia quienes se las formulan y su galopante instalación en la irrealidad más absoluta, la que lleva a negar sin más la existencia de contratiempos y errores. Ni a la actual, injusta y sobre todo imbecilizada Ley de Extranjería (es una imbe-

cilidad completa dar instrucciones imposibles de cumplir, lo sabe hasta un niño). Ni a los incumplimientos de lo pactado en esa mancha nacional llamada El Ejido, orgullosa además de serlo. Ni siquiera a la insolidaridad cerril de los presidentes autonómicos en la cuestión del agua, ni al Increíble Cerebro Menguante que suelta sin cesar sandeces y domina en el País Vasco, desprestigiándolo a diario.

No, me voy a centrar en mi presente situación doméstico-ciudadana, que, insisto, no parece ser ni excepción a la regla ni asunto de mala suerte. Desde hace semanas, este es mi cuadro: a) el teléfono está estropeado, y habré llamado doce veces a Averías, sin éxito; cuando por fin vino un técnico, no supo bien cuál era el problema, y sólo se le ocurrió decirme que renunciara a usar inalámbricos, estu-penda solución la suya; b) al vecino de abajo le cae agua, pero de ella no hay rastro en mi piso; un fontanero anuncia que va a venir doce veces e incumple todas; cuando por fin aparece, tampoco tiene idea de en qué consiste el problema, así que va a «hacer pruebas» un día de estos, y no quiero ni imaginármelas, sobre todo porque no garantizarán el arreglo de nada; c) vuelven a desaparecerme en Correos —o lo digo de otro modo: en los larguísimos y complicados trayectos entre Madrid y Barcelona, por ejemplo— numerosos paquetes y cartas; allí, donde residen mi agente literaria y la editora del Reino de Redonda, muchos carteros tienen por costumbre no trabajar en lunes ni a veces en martes ni miércoles, y en cambio aparecen en las casas, demencialmente, los sábados o los domingos, cuando la gente no está o está durmiendo; d) no me funciona el vídeo nuevo, y por aquí ya han pasado los de la tienda, antenistas, los técnicos de la marca del aparato y no sé cuántos «especialistas» más, sin que por ahora ninguno haya dado en la clave, nada como los expertos; e) la ciudad —como siempre, pero más— está horadada de una punta a otra, zanjas y andamios y vallas por todas partes, una tortura permanente y casi siempre inútil e injustificada; f) hace por tanto meses que no hay nada ni remotamente parecido al silencio, y los fines de semana, cuando las obras paran, la

Policía Municipal es incapaz de imponerlo mínimamente a la población más sádica, que sólo se divierte si chilla y patea los cien mil contenedores entre las tres y las siete de la madrugada; g) los mismos guardias no sólo no evitan, sino que fomentan el continuo atasco de todas las calles a cualquier hora. Etc, etc.

Suerte que no me queda espacio para agotar el alfabeto, que lo agotaría, no lo duden. Un país en el que *nada* funciona en lo cotidiano, ni lo público ni lo privatizado ni lo privado, y al ciudadano se le ponen sólo obstáculos e impuestos; en el que un Gobierno con mayoría absoluta y al frente de muchísimos Ayuntamientos es incapaz de garantizar unos servicios decentes, afrontar o resolver un solo problema grave, y al mismo tiempo se dedica a invadir territorios ajenos y a controlar cuanto puede con afán totalitario (esto lo aprendieron del PSOE, o quizá de más antiguo), ese país es un desastre. Miren a su alrededor, y ya me dirán qué hacemos.

18-II-01

Amar al malo

La otra noche vi, en una televisión de pago y ya empezado, un documental norteamericano titulado algo así como *Enamoradas de asesinos*, que se ocupaba de varios casos de mujeres prometidas o casadas con culpables no ya de homicidios, sino efectivamente de asesinatos, algunos de particular repugnancia y vileza. Salían un tal Danny Rolling y su novia, una peluquera rubicunda, gordita y chata; un tal Richard Ramirez y su señora, asimismo regordeta y algo añosa; o un tal Eric Menendez y su ex-novia, pues ella lo había dejado por haberle él sido «infiel» con otra (nunca se había dado sexo real entre ellos, sólo telefónico). Esta última era joven y agraciada.

Lo llamativo del asunto, claro está, es que no se trataba de las esposas o parejas *anteriores* a los crímenes de esos convictos. Uno puede entender sin demasiada dificultad que alguien se empeñe en seguir queriendo y apoyando a quien ya quería antes de que ese ser amado se cargase a unos cuantos semejantes. He dicho «sin demasiada dificultad», lo cual no significa «con facilidad». Pero en fin, los vínculos entre los humanos son a veces muy profundos, por complejos o por elementales, y uno comprende a medias que pueda resultar casi imposible desanudarlos o retirar según qué afectos (pienso, sin ser madre, en lo costoso que ha de serle a una madre retirárselo a sus vástagos, hagan éstos lo que hagan). Estas mujeres, sin embargo, habían conocido y por tanto habían decidido amar a esos asesinos cuando estaban ya condenados y encarcelados, unos a la espera de ejecución, otros instalados en su cadena perpetua. El documental concluía con un rótulo en el que se venía a decir que estos casos no eran tan infrecuentes o extraños como podría haber creído el espectador: la mayoría de los culpables de asesinato de los Estados Unidos, se informaba, recibían alrededor de quinientas cartas anuales de

mujeres (cada uno), interesándose por ellos. Esos individuos, colegía uno, tenían dónde elegir.

Las imágenes iban mostrando a las novias y a los asesinos, por separado o, en alguna ocasión, juntos. Uno de los del corredor de la muerte, Rolling, había tenido otra enamorada antes de la peluquera: una mujer de mediana edad que escribía su biografía. En una escena se veía cómo este hombre, ante un juez, y tras la pregunta —imagino que formularía— «¿Quiere añadir algo?», se arrancaba con una exhibicionista declaración de amor hacia su biógrafa, presente en la sala, a la que en seguida ponía música literalmente, para cantarle una canción de bonita letra, muy ufano, con buena voz y con contoneo. Ella lo contemplaba embelesada: crédula de su pasión, divertida por su osadía, halagada, idiotizada. Más tarde aparecía doliente y furiosa porque Rolling, sin previo aviso, la había sustituido por la peluquera. Ésta, a preguntas de una cliente («¿Te vas a casar con él? ¿Y no te da miedo, sabiendo lo que hizo?»), confesaba que algo de repelús sí le daba su inminente matrimonio, que por otra parte no iba a consumarse, al prohibir su Estado el sexo a sus precadáveres. Pero que, claro, pese a lo que Danny había hecho, también existía un Danny que sólo ella conocía y que era tierno, amable, sensible, galante e inteligente. Listo ya parecía el tal Danny cuando se dirigía a la cámara, tratando de causar buena impresión, pero con una falsedad tan evidente que era del todo imposible percibir en él la menor señal de arrepentimiento. Este Danny se había llevado por delante, uno por uno y en diferentes fechas, a cinco jóvenes, en el caso de las chicas (tres, si mal no recuerdo) tras haberlas violado y mantenido con vida largas horas, haciéndoles creer que no morirían si se portaban. Por su parte, Menendez y su hermano Lyle se habían cargado, con premeditación y frialdad, a su padre y a su madre; y Ramirez, creo, era culpable de una no corta serie de asesinatos gratuitos. Un hombre atractivo este último, al que, en el transcurso de un juicio, se veía timarse desde el banquillo con una mujer del públi-

co que, según contaban, le había abierto bien las piernas para que echara un vistazo a sus lindas no-bragas.

Las tres novias o esposas que alcancé a ver parecían pánfilas, por no decir unas pavas y unas bobas; ingenuas, crédulas hasta lo inverosímil; juraría que cualquier espectador desapasionado se daba cuenta del absoluto paripé de los tres galanes, ninguno era De Niro. De su despreocupación, de su cuajo, de su falta de remordimientos, de su indiferencia hacia sus víctimas, a quienes habían matado sin ni siquiera motivo o móvil; de su ironía hacia las enamoradas, quienes, por lo demás, parecían mujeres comunes, seguramente buenas mujeres, quizá piadosas, sin duda con ansias redentoras, no sé. También, sin duda, con un elemento de frivolidad en ellas: habían ido a fijarse en asesinos crueles a sabiendas de que lo eran, o acaso *porque* lo eran. O, aún peor y más frívolo y dañino e imbécil, acaso porque eran famosos gracias a sus muchos crímenes, figuras del invasor y voraz espectáculo en que todo se convierte hoy día. Quizá otra semana habré de continuar con este asunto, pues se me agota el espacio, que no el verbo.

25-II-01